



ARZOBISPADO
DE SANTIAGO
VICARÍA PARA LA PASTORAL



Llevemos la alegría
del Evangelio
a la gran ciudad



Yo hago nuevas
todas las cosas
Ap. 21,5

Hacia una primavera evangelizadora

Mons. Alvaro Chordi Miranda



HACIA UNA PRIMAVERA EVANGELIZADORA

Buenos días. Agradezco su presencia acá en esta mañana. Les traigo unas palabras de aliento y esperanza de D. Fernando, quien se encuentra en Temuco, y de D. Alberto, quien se excusa por representar al Arzobispo en la celebración del Día del Carabinero en una ceremonia institucional. Lamentamos y oramos por los **tres carabineros asesinados** en Cañete: Carlos Cisterna Navarro, Sergio Arévalo Lobos y Misael Vidal Cid y nos unimos a sus familias, compañeros de trabajo y amigos.

Cuando preparaba esta intervención, me acordé de unas palabras del Papa Francisco en *Misericordiae vultus*, la Bula en la que convocó el Jubileo de la Misericordia:

Con el Concilio Vaticano II la Iglesia iniciaba un nuevo período de su historia. Los Padres conciliares habían percibido intensamente, como un verdadero soplo del Espíritu, la exigencia de hablar de Dios a los hombres y mujeres de su tiempo en un modo más comprensible. Derrumbadas las murallas que por mucho tiempo habían recluso la Iglesia en una ciudadela privilegiada, había llegado el tiempo de anunciar el Evangelio de un modo nuevo. Una nueva etapa en la evangelización de siempre (MV 4).

Llevamos varias décadas esperando esa nueva etapa en la evangelización de siempre. Aquellas luces del concilio Vaticano II han sido muchas veces ignoradas, cuando no conscientemente sofocadas, por modos pastorales refractarios a la reforma eclesial que el Espíritu con tanta fuerza impulsó entonces y sigue impulsando hoy.

El Proceso de Discernimiento Nacional iniciado en julio de 2018 motivado por la gravedad y el doloroso impacto de los abusos sexuales en la Iglesia y que cristalizó en la Tercera Asamblea Eclesial Nacional, nos presentó una Iglesia sinodal, profética y esperanzadora que pone a Jesús en el centro. Un proceso espiritual compartido, un **verdadero *discernimiento eclesial* para la evangelización hoy** que implica volver a acoger cordialmente las enseñanzas y orientaciones del Concilio Vaticano II. Es preciso contemplar todo lo bueno que hemos recibido, mirar de frente los retos sociales y culturales de la evangelización, reconocer los propios límites y pecados, también delitos, imaginar escenarios de mayor comunión y pedir juntos la gracia necesaria para asumir creativamente las muchas tareas de la misión que todos hemos recibido mismo Señor.

Uno de los clamores que surge de este caminar eclesial es convertirnos en una Iglesia realmente sinodal, asumiendo todos que es la hora de la comunidad. Ahora bien, el único camino para llegar juntos a la sinodalidad es a través de la **comunión**, una manera de vivir, ser y obrar con Dios y con los demás, nuestra común participación en Jesucristo y en su pasión, en su fe y en su servicio. Porque sin un vivo cuidado de la comunión, los procesos sinodales corren el riesgo de ser un cortés juego de poderes, una verdadera centrifugadora eclesial.

Pues bien, el programa conciliar devolvía a los laicos y laicas su lugar propio en la vida y la misión de la Iglesia. **Una autentica espiritualidad bautismal conduce a los cristianos y cristianas a su madurez eclesial y apostólica. Todos ingresamos a la Iglesia como laicos.** El primer sacramento, el que sella para siempre nuestra identidad y del que tendríamos que estar siempre orgullosos es el del **bautismo**. La constitución *Lumen Gentium* nos recuerda que por el bautismo y con la unción del Espíritu Santo, los fieles quedan consagrados como casa espiritual y sacerdocio santo (LG 10). Nuestra primera y fundamental consagración hunde sus raíces en nuestro bautismo. A nadie han bautizado cura ni obispo. Nos han bautizados laicos y es el signo indeleble que nunca nadie podrá eliminar. El laico constituye lo que podríamos llamar el “modelo básico” del ser cristiano: tiene lo substancial e imprescindible para ser cristiano. Nos hace bien recordar que la Iglesia no es una elite de los sacerdotes, de los consagrados, de los obispos, sino que todos formamos el Santo Pueblo fiel de Dios. Olvidarnos de esto acarrea varios riesgos y deformaciones tanto en nuestra propia vivencia personal como comunitaria del ministerio que la Iglesia nos ha confiado. Por eso, hemos de **retornar al bautismo** para madu-

rar una disponibilidad al servicio en la comunidad y para la comunidad. Un gran desafío hoy consiste en devolver a los presbíteros a la comunidad. Actuando de esta manera, la comunidad de los discípulos vuelve a ser el auténtico lugar de elección, formación y verificación del llamamiento, como también el ámbito adecuado en el que madura la respuesta quien está llamado a ejercer un ministerio en la Iglesia.

Deseo recordar que el cristianismo, aunque se dotó de ministros elegidos para un sacramento particular que reciben para guiar a la Iglesia, no prosiguió la tradición de una casta sacerdotal que de generación en generación se transmite el poder sagrado particular de ser el único organismo capaz de presentarse ante Dios en nombre de los seres humanos. De hecho, **son todos los cristianos, en cuanto unidos a Jesús por la fe y por el bautismo recibido, los que participan de su carácter sacerdotal**, mediante el cual, y animados por el Espíritu Santo, hacen de las acciones de su vida, marcada por la entrega del amor, un continuo sacrificio agradable a Dios. Por consiguiente, existe un **sacerdocio común** de todos los creyentes, que no se expresa principalmente en los ritos litúrgicos, sino en los hechos vividos en unión con Jesús y en su seguimiento. Así pues, **el pueblo cristiano tiene una función de mediación entre Dios y el mundo**, no en virtud de unos poderes mágicos, **sino solo porque vive unido a Jesús y, en todo cuanto hace en medio de los hombres, expresa su fe**. Cuando el cristiano realiza su trabajo con competencia, integridad profesional y dedicación generosa, cuando coopera al bien común en su contexto social y político, cuando vive en el amor fiel su unión conyugal y cuida con esmero del crecimiento de los hijos, cuando coopera en las iniciativas de su comunidad cristiana, cuando comunica su fe a los amigos, a los familiares

y a los colegas, ofrece en realidad a Dios su vida, **como hace un sacerdote** que ofrece a Dios un sacrificio por el bien de todos. Por eso, podemos decir así: **sacerdotes y laicos, todos sacerdotes.**

“Los laicos son simplemente la inmensa mayoría del Pueblo de Dios” en salida (EG 102). En comunión de este Pueblo, cada bautizado se reconoce junto a los demás como “discípulo misionero”, llamado y enviado por el mismo Señor a la misma misión. La vocación y la responsabilidad diferenciada y complementaria de laicos y pastores reclama una colaboración que haga posible una **primavera evangelizadora**, protagonizada por el entero Pueblo de Dios. Esta primavera lo será en la medida en que sea expresiva de la comunión y difusora de esa dinámica de comunión que constituye a la misma Iglesia, a través de una misión que involucre a todos y sea verdaderamente atractiva para nuestros contemporáneos.

Para caminar hacia esta primavera evangelizadora, necesitamos **reconocer y potenciar la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y la sociedad, como elemento fundamental en la evangelización misionera.** Para ello, les proponemos varios caminos:

1. Impulsar la formación del laicado, especialmente orientada a descubrir la propia vocación y misión laical.
2. Fortalecer la presencia y el compromiso evangelizador de los laicos cristianos en los ambientes y en la vida pública.
3. Desarrollar los ministerios laicales tanto en la vida comunitaria como en la acción evangelizadora de nuestra Iglesia.
4. Velar por la existencia y buen funcionamiento de los Consejos pastorales y Consejos de Asuntos Económicos en todas y cada una de las parroquias de la Arquidiócesis.
5. Conceder una participación en el ejercicio de la cura pastoral de una parroquia a diáconos y a personas que no hayan recibido el orden sacerdotal (c. 517.2) ante la escasez relativa de clero.
6. Promover una Iglesia en la que hombres y mujeres dialoguen, a fin de comprender mejor la profundidad del designio de Dios, en que aparecen juntos como protagonistas, sin subordinación, exclusión ni competencia.



7. Seguir acompañando a los Nuevos Movimientos Eclesiales y Comunidades Cristianas de Base e incorporarlos más a una Iglesia realmente sinodal y anunciadora del Evangelio de Jesucristo.
8. Ayudar a descubrir la necesidad de un Primer Anuncio en la vida cotidiana: la familia, el trabajo, las relaciones sociales, la educación, la política, etc. ya sea buscando orientaciones y estrategias para su desarrollo como preparando a las personas para realizar un anuncio kerigmático.

Muchas veces hemos caído en la tentación de pensar que el laico comprometido es aquel que trabaja en las obras de la Iglesia y/o en las cosas de la parroquia o de la Arquidiócesis y poco hemos reflexionado como **acompañar a un bautizado en su vida pública y cotidiana**; cómo él o ella, en su quehacer cotidiano, con las responsabilidades que tiene se compromete como cristiano en la vida pública. Sin darnos cuenta, hemos generado una elite laical creyendo que son laicos comprometidos solo aquellos que trabajan en cosas “de los curas” y **hemos olvidado, descuidado al creyente que muchas veces quema su esperanza en la lucha cotidiana por vivir la fe**. Estas son las situaciones que el clericalismo no puede ver, ya que está muy preocupado por dominar espacios más que por generar procesos. Por eso, debemos reconocer que el laico por su propia realidad, por su propia identidad, por estar inmerso en el corazón de la vida social, pública y política, por estar en medio de nuevas formas culturales que se gestan continuamente tiene **exigencias de nuevas formas de organización y de celebración de la fe**. Esto requiere imaginar espacios de oración

y de comunión con características novedosas, más atractivas y significativas —especialmente— para los habitantes urbanos. (EG 73)

Hemos de encaminarnos hacia una **conversión laica**: los laicos y las laicas han de tomar en serio la propia vocación, conocerla según el espíritu y en la vivencia, reconocer que son hostias espirituales que se ofrecen para una mayor gloria de Dios, que todo su ser puede ser vivido sacramentalmente, que toda su persona puede ser un signo visible del amor de Dios.

Y también hemos de encaminarnos **hacia una conversión de los sacerdotes**, conscientes de su llamado a acompañar al pueblo de Dios del cual formamos parte, que no busquemos clericalizar a los laicos, es decir, tenerles todo el tiempo en la parroquia y en actividades que solo tenga que ver con trabajo hacia dentro de la parroquia, respetando su vocación para transformar el mundo, animarles a ir a la política, a la cultura, a la economía.

Finalizo esta exposición con esta pregunta: *¿Cómo puede el Pueblo de Dios organizarse mejor para que la sal y la luz del Evangelio lleguen a incidir en las mentes y en los corazones de nuestros contemporáneos, iluminar, fortalecer y sanar las instituciones sociales para que verdaderamente sirvan a la persona?*

Muchas gracias.

+ Alvaro Chordi Miranda

Obispo auxiliar de Santiago

Vicario para la Pastoral

Bibliografía usada

- XVI ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Una Iglesia sinodal en misión. Informe de síntesis*, Primera sesión 4-29 octubre de 2023, San Pablo, Madrid 2024.
- SEVERINO DIANICH, *La Iglesia. Comunión de hermanos*, Sal Terrae, Santander 2014.
- CARDENAL EDUARDO PIRONIO, *A los laicos. La alegría de la misión*, Narcea, Barcelona 2024.
- FRANCISCO A. CASTRO PÉREZ, *La hora de la comunidad. Una Iglesia realmente sinodal*, San Pablo, Madrid 2023.
- FRATEL MICHAEL DAVIDE, *¿Sacerdotes sin bautismo? Una provocación, no un juicio*, PPC, Madrid 2019.
- DIONISIO BOROBO, *Participación de los laicos en los sacramentos*, Cuadernos Phase 276, CPL, Barcelona 2023.
- PONTIFICIA COMISIÓN PARA AMÉRICA LATINA, *La mujer. Pilar en la edificación de la Iglesia y de la sociedad en América Latina, Actas de la Reunión Plenaria 6-9 marzo 2018*, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2018.
- DIÓCESIS DE VITORIA, *La misión de los laicos. Materiales sobre el 2º Objetivo del Plan Diocesano de Evangelización*, Vitoria-Gasteiz 2004.